



1020081161

HC138

.M6

S2

1994

APUNTES POLÍTICOS Y SOCIO-ECONÓMICOS
DE MONTERREY

JOSÉ P. SALDAÑA
Sociedad Nuevoleonesa
de Historia, Geografía y
Estadística

PRIMERA ETAPA

Trato en principio de presentar una perspectiva de Monterrey. Procuraré, a grandes rasgos, de estructurar la acción de los nuevoleoneses, dentro del marco de nuestra nación, sobre los más sobresalientes sucesos que le han configurado su imagen.

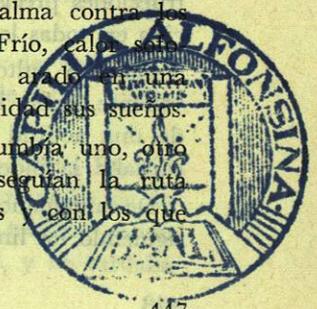
Nace Monterrey el 20 de septiembre de 1596, al conjuro de un espíritu visionario, de clara inteligencia y de pujante carácter, don Diego de Montemayor.

Doce hombres, con sus familias lo acompañan. La empresa había ocupado la mente de aquellos hombres en forma significativa: venían a construir desde sus cimientos una población, con la decisión inquebrantable de realizar la empresa o morir en la jornada.

Seguros del triunfo bautizaron la población por hacer con el título ambicioso a la par que profético de "Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey".

Aquellos audaces conquistadores lucharon con cuerpo y alma contra los elementos naturales y los aborígenes, guerreros indómitos. Frío, calor, hambre, epidemias, inundaciones, guerra constante, y con el arado en una mano y en la otra el arcabuz se prodigaban para hacer realidad sus sueños.

Pasaba el tiempo en permanente afán creador. Hoy sucumbía uno, otro mañana; pero los que quedaban, con sin igual coraje seguían la ruta de los pioneros. Los huecos se iban llenando con los hijos con los que llegaban de otras partes.



447

85236

FONDO UNIVERSITARIO

Lentamente, pero con firmeza, crecía la población. La agricultura y la ganadería formaban los pilares de la subsistencia, después fue integrándose la artesanía: muebles sencillos, zapatos, monturas, frazadas, telas, alfarería...

La rueda del tiempo giraba con exactitud inalterable. Monterrey crecía, con parsimonia, que hacía dudar de su destino de Metrópoli.

Pasaron dos siglos agotadores. Tiempos breves de paz; las acometidas de los indios se sucedían con frecuencia. Para otros colonizadores, carentes del carácter férreo de los de aquí, la desbandada hubiera sido el curso natural de aquella situación.

La selección de los pobladores se hacía por sí misma: quienes resistían los rigores de la temperatura, la mezquindad de la tierra, y los ataques de los indios salvajes, se quedaban, los demás emprendían la marcha hacia lugares más benignos.

En este ambiente de lucha y de angustia Monterrey vio expirar el siglo dieciocho, recibiendo los albores del siguiente con signos de inquietud.

La Revolución Francesa y la Constitución de los Estados Unidos del Norte, bajo la égida de los principios liberales, habían llevado a los pueblos sometidos a la Corona de España a una esperanza de redención. Para la Nueva España, amplio campo colonial, que se extendía desde Nuevo México hasta Centro América, la inquietud se filtraba mediante libros y folletos que sigilosamente se introducían al país.

Durante la primera decena del siglo diecinueve las inquietudes políticas de emancipación fueron aumentando hasta iniciarse, el 15 de septiembre de 1810, la independencia nacional. Encabezó el movimiento el Cura de Dolores, Guanajuato, don Miguel Hidalgo y Costilla, secundado por los capitanes don Ignacio Allende y don Ignacio Aldama.

Nuevo León jugó un importante papel durante la Revolución de Independencia, que tuvo su epílogo favorable en septiembre de 1821, conforme al Plan de Iguala firmado por don Vicente Guerrero y don Agustín de Iturbide.

Monterrey recibió con regocijo al Gral. don Mariano Jiménez procedente de Saltillo, en donde había establecido su Cuartel General. Con instrucciones precisas de Hidalgo se le había encomendado dirigir la insurrección en todas las Provincias de Oriente.

Hombre culto, de principios religiosos arraigados, tolerante, enérgico y valiente, había logrado la sumisión de los contingentes de la Colonia a base de una actitud respetuosa, honesta y convincente sobre los ideales que encarnaba la independencia.

De antemano había enviado al Coronel Juan Bautista Carrasco quien, siguiendo los lineamientos de conducta sugeridos por Jiménez, había logrado

que se incorporaran a la insurrección don Manuel Santa María, gobernador del Nuevo Reyno de León, y el coronel Juan Ignacio Ramón, jefe de las fuerzas realistas.

Para cuando Jiménez arribó a Monterrey, a fines de enero de 1811 ya se había jurado la proclamación de la independencia el día 17 del mismo mes, con asistencia de los jefes mencionados, tropa y funcionarios públicos.

En esa época Nuevo León tenía algo más de 35,000 habitantes y Monterrey solamente 7,000. Sus elementos vitales consistían en 51,000 cabezas de ganado vacuno, 55,000 de caballar, 3,000 de asnar, de pelo y lana 1.200,000, y de cerdo 3,500. Estos números tienen de base el padrón levantado en 1803.

El entusiasmo que despertó la insurrección fue como una aurora boreal oscurecida de pronto por las nubes.

Habiendo concentrado Hidalgo las fuerzas de que disponía en Saltillo, acordó con Allende, Jiménez, Aldama y demás jefes, marchar rumbo a Chihuahua con el propósito de allegarse elementos de combate procedentes de los Estados Unidos.

En camino la columna fue sorprendida por el coronel Ignacio Elizondo en Acatita de Baján. La emboscada se realizó porque se le creía fiel a la insurrección, ya que Jiménez le había reconocido el grado de coronel proporcionándole dinero y armas; pero no quedó conforme. Como fruto de la sorpresa cayeron prisioneros todos los jefes insurrectos y fusilados más tarde en la ciudad de Chihuahua.

La represión de los militares españoles tuvo aspectos crueles, en contradicción a la actitud humana de los revolucionarios.

Cuando se abusa de la fuerza la reacción siempre es violenta. El pueblo estaba en condiciones de comparar entre la opresión que sufría y la libertad de que disfrutó durante el breve gobierno de la insurrección. En tal situación había tomado partido al lado de los que peleaban por la independencia, manteniendo viva la llama de la libertad.

Siguieron años difíciles para la causa nacionalista; pero los brotes de rebeldía se sucedían con frecuencia, manteniendo en pie los principios proclamados por Hidalgo.

Una de las contribuciones más fecundas del Nuevo Reyno de León a la independencia procede del fabuloso Fray Servando Teresa de Mier y Noriega, originario de Monterrey.

En tanto se combatía a través del extenso territorio de la Nueva España por la independencia, el ya para entonces famoso fraile, por medio de la prensa, de folletos y libros, luchaba denodadamente por la sublime causa. Salía de una prisión de España, por la buena o por la mala, y no tardaba

mucho en volver a las mazmorras; pero su espíritu admirablemente lúcido no se intimidaba.

En el año de 1813 publicó en Londres su famosa obra en dos tomos: *Historia de la Revolución de la Nueva España*. Fue tal el impacto que causó en las principales naciones europeas, que a partir de entonces se tuvo como un hecho la independencia.

Incansable en sus correrías se alió con el general español Francisco Javier Mina, a quien convenció para que armara una expedición que invadiera el territorio de la Nueva España en apoyo de los insurgentes, que a pesar de su denuedo y acción constante se veía con frecuencia en condiciones lamentables.

Mina, de ideas liberales, pensando en la posibilidad de combatir a Fernando VII, que encarnaba el absolutismo, se dispuso a emprender la empresa embarcándose en mayo de 1816 rumbo a los Estados Unidos del Norte.

Después de la travesía, siempre azarosa en aquellos tiempos se incorporó al grupo de mexicanos que luchaban en los Estados Unidos por la independencia. En estos menesteres desempeñaba importante papel el Padre Mier.

Cuando había reclutado trescientos hombres fletó tres buques y emprendió la aventura con los elementos de combate indispensables. Desembarcó en Soto la Marina, Tamaulipas, el 15 de abril de 1817, internándose en el país.

Su actuación fue la de un estratega conocedor de todo cuanto interviene en la guerra. Una sucesión de triunfos que causaron admiración le dieron renombre al grado de alarmar al Virreynato.

Pronto se hicieron sentir los efectos de aquella deslumbrante acción. Por una parte el fortalecimiento del ánimo insurgente, y por la otra la represión más aguda de las fuerzas imperiales.

Había que combatir al peligroso nuevo enemigo. Se destinaron los mejores contingentes con tal finalidad. Numerosos regimientos perfectamente equipados salieron a su encuentro. A pesar de tratarse de miles de soldados y de jefes experimentados no fue tarea fácil acabar con aquella fulgurante figura.

Varios combates, en desiguales proporciones, minaron los contingentes de Mina, hasta que, perseguido sin tregua por el coronel Orrantía, fue hecho prisionero, llevado esposado al fuerte de los Remedios, en donde fue fusilado por órdenes del general Liñán.

En tanto que Mina, a los 29 años de edad, pasaba a la inmortalidad, el padre Mier, padecía en las mazmorras de la Inquisición otro infernal cautiverio.

Veamos la forma en que el mismo padre Mier, en sus famosas memorias refiere este suceso. Para el caso recordemos que al desembarcar en Soto la Marina con Mina, éste siguió rumbo al interior quedándose el padre Mier en Soto la Marina con un pelotón de soldados al mando del capitán José Lardá. El general Arredondo se presentó al frente de una brigada bien armada, con una sección de artillería, frente al fuerte ocupado por los insurgentes, y como no consiguiera la rendición incondicional, abrió fuego con tal aparato como si se tratara de un encuentro entre fuerzas semejantes en número, cuando en realidad significaban cincuenta por uno. Después de tres días de combates se rindieron los sitiados mediante convenio de respeto a sus personas e intereses, compromiso no cumplido por Arredondo. He aquí lo que le sucedió al padre Mier:

"A poco me pusieron un par de grillos y a las once de la noche me sacaron sobre un macho aparejado con una escolta de veinticinco hombres. Dejo a la consideración de ustedes lo que habré sufrido con semejante equipo y en una edad avanzada, en la fuerza de los calores y de las lluvias, en bagajes todavía peores, y pasando largo rato en la plaza de cada lugar expuesto a la vergüenza pública. La humanidad sucumbió y estuve muy malo de calentura en Huejutla".

Entre los personajes de la Nueva España que contribuyeron a la independencia, tal vez ninguno reúne las cualidades del padre Mier: intelectual profundo, de valor indomable, de increíbles recursos para hacerse escuchar en todo el mundo, inquebrantable en su fe liberatoria, indomable ante los tormentos a que era sometido, poseedor del secreto de las evasiones de cárceles infranqueables, resistente física, espiritual y moralmente a las angustias de los cautiverios hasta lograr, después de 15 años de ardorosa lucha, que se constituya el país en nación independiente.

Con la consumación de la independencia recobró el padre Mier la libertad. Había logrado que su anhelo mantenido durante largo lapso, en medio de penalidades indescriptibles, significara el final de sus inquietudes y un merecido descanso lo mantuviera alejado de la lucha política. Los hechos hablaban de lo contrario. Continuó su ardorosa actividad en el plano ya de la configuración constitucional de la Nación, en cuyo empeño, lleno de fulgores de patriotismo y sapiencia, contribuyó en proporción admirable.

Entre tanto en Nuevo León se había seguido con entusiasmo la ruta de la Independencia, conservando la memoria del ilustre insurgente don Mariano Jiménez, y de sus seguidores don Manuel de Santa María, gobernador de la Provincia, y de don Juan Ignacio Ramón, jefe de las armas, fusilados en Chihuahua, después de la emboscada de Baján.

Como ejecutor en el campo de batalla del sentimiento de rebeldía de los nuevoleonenses, figuraba en primer lugar el infatigable guerrillero José Herrera. En varias ocasiones atacó Monterrey, manteniendo en constante alarma a las tropas realistas.

Como jefe de las operaciones en la región operaba el brigadier don Joaquín Arredondo. Se trataba de un individuo tan presuntuoso, venal y atrabiliario, como desprovisto de todo signo de valer personal. Convertido en azote del pueblo, en burlador de la ley y en supremo juez, concitó contra él mismo el odio de todo mundo, aun de las autoridades eclesiásticas.

Es regla general que los déspotas, en los momentos de prueba, dan muestras de cobardía y de indignidad. El caso de Arredondo no constituye la excepción. En el momento mismo en que llegaron a Monterrey noticias, procedentes de México, de que se había proclamado la independencia del país, doblegó la cerviz disponiéndose a secundar el movimiento, a cuyo efecto rodeado de su séquito juró en Monterrey la independencia, entre el júbilo del pueblo que la proclamaba ruidosamente el 3 de julio de 1821.

Llegamos a una etapa especial de extraordinaria espectacularidad. Pasaba el país de la subordinación a España a la independencia de toda liga política. ¿Sería capaz de asentarse con la firmeza necesaria para mantenerse en esa condición? El tiempo sería el que determinara la situación definitiva.

En cuanto a Monterrey, que con entusiasmo había asistido al cambio ¿cuál era entonces su situación económica-social?

No es difícil valorar sus alcances, bien entendido que cuando hablamos de Monterrey implícitamente estamos haciendo referencia a Nuevo León. Sería artificial hacer la desasociación de lo que constituía un todo armonioso.

Agricultura, ganadería, minería, comercio, artesanía, todo se movía obediendo a un mismo patrón. Monterrey, con ser la capital del estado no se diferenciaba de las demás poblaciones en su forma de vida, si acaso por un ritmo más acelerado por su mayor población.

Como ha quedado asentado, Monterrey había permanecido durante los primeros dos siglos de su existencia, en una situación de aguda crisis. Las continuas guerras con los indios de la región, indómitos por atavismo, y las dificultades para las comunicaciones con el resto del país, no permitían el aprovechamiento debido de los recursos naturales ni la gran reserva de energía y de capacidad de trabajo de los regiomontanos, herederos de la vitalidad creadora de los fundadores de la ciudad.

Hacía falta ambiente propicio para el desarrollo de una comunidad que anhelaba marcar con signos positivos el pensamiento visionario de los fun-

dadadores de la ciudad. Parecía que con la independencia había llegado el momento esperado.

Era justificado este sentimiento. Los siete mil habitantes de Monterrey, que saludaban el advenimiento de una nueva vida, sabían que había el compromiso de mantener con tesón elpreciado don que se había conquistado.

No puede hablarse todavía de condiciones sobresalientes de industria y comercio de esa época. Sin embargo cabe señalar que la artesanía había progresado en forma notable.

Se tenía por costumbre el intercambio o trueque de productos entre las diversas regiones del país. Por lo que hace a Nuevo León era autosuficiente en lo tocante a los artículos de primera necesidad: maíz, frijol, trigo, papa, frutas y verduras.

En cambio le hacían falta café, tabaco, arroz y ciertos productos de telas, adornos y útiles caseros. Para obtenerlos y conseguir recursos monetarios los regiomontanos efectuaban trueques y vendían diversas artesanías de buen gusto y magnífico acabado.

La materia prima se tenía a la mano en abundancia: lana, algodón, madera, mármol, cueros, ixtle, barro... que mediante el ingenio y la tenacidad de los regiomontanos se transformaba en numerosos objetos atractivos y de gran utilidad, como: mesas, sillas, monturas, jorongos, cazuelas, jarros, tapetes, mecates, sudaderas, manteles, zapatos, huaraches y una variedad más de artículos para el trabajo y el hogar.

Con signos futuros se apuntaba la característica sobresaliente del regiomontano, que lo llevaría a la industrialización.

Dejamos con estos apuntes, a grandes trazos, la imagen de una época de lucha permanente. Entre el gris de la vida atosigada por la inclemencia de la naturaleza, y por las adversas condiciones prevalecientes, siempre estuvo ardiendo la flama del carácter recio de los habitantes de estas tierras.

SEGUNDA ETAPA

La evolución socio-económica de Monterrey, como hemos visto, fue lenta, sumamente lenta durante la Colonia, que comprende más de dos siglos. Se destaca eso sí, la condición insuperable de la calidad humana de sus habitantes, elemento que jugaría un papel preponderante en el futuro.

Califico de segunda etapa en el desenvolvimiento integral de Monterrey, a contar de la Independencia al triunfo de la República contra el llamado Imperio de Maximiliano —1821-1867—.